

**PUBLICISTA**, juriconsulto, militar al modo criollo y genuinamente democrático de los que poco ostentan galones aunque los tengan de alta y bien conquistada jerarquía, el doctor José Luciano Martínez no necesita presentación. Y si la necesita, creemos que basta decir de él que su tradicionalismo no le impide ser avansista, sino que lo lleva a serlo más vigorosamente. Esto se explica: según Mazzini, la libertad como en general todo lo que haría la felicidad del hombre, no exigiría de éste otra cosa que el cumplimiento del deber. Cuando todos hubiésemos convenido en que el deber fuese lo principal, todos seríamos libres... Ahora bien: la libertad se conquista avanzando, pero el deber se aprende retrocediendo. Como quien retrocede para embestir mejor. Y así en el pasado es donde se encuentran hoy por hoy los más aleccionadores ejemplos de carácter, se justifica que el doctor José Luciano Martínez quiera proyectar luz sobre el pasado.

En la terraza de su residencia el Doctor JOSE LUCIANO MARTINEZ, en su interesante charla con nuestro redactor



## Archivos, Libros Horizontes

—Mi casa — nos dice al visitarlo — se abre para todos los que quieran saber lo que tengo. Esto — agrega señalándonos sus archivos — no está aquí solo para ser guardado, sino para que la generación actual se beneficie conociéndolo.

Evidentemente, un hombre así, cuando consiga realizar sus aspiraciones, habrá prestado a la causa del porvenir un señalado servicio. Con arreglo al concepto de Mazzini, no corresponde pensar otra cosa.

Lo primero que atisbamos sobre la mesa de trabajo de este cronista de héroes, como lo llamó alguien, es una carpeta con un rótulo: "Cruzada Libertadora". Lo advierte él, y abre el cartapacio. Son fotografías, admirablemente cuidadas, de hombres que acompañaron al general Flores. Mejor dicho, de hombres y mujeres,

porque entre ellos, cuadrada con su lanza de bote imberdible en los entrevos, se halla la célebre china Catalina, de la división del general Caraballo. —¿Cómo se las arregla usted para conseguir estas colecciones?

—De varios modos — sonríe nuestro entrevistado. — Ustedes saben que todos tenemos alguna chifladura. La mía,

desde chico, fué la de juntar estas cosas, y para satisfacerla tuve la suerte de que mi buen padre poseyese alguna fortuna. Esto, con los archivos del general Flores, me lo regaló doña Agapita Flores de Solsona. Otras cosas las he conseguido averiguando donde estaban, solicitándolas, adquiriéndolas. Ahí tienen los retratos: alcanzan al número de dos mil, divididos en álbumes conográficos, por períodos de la historia, figurando entre ellos infinidad de personajes argentinos y brasileños. De muchos he realizado el estudio biográfico siguiéndolos por las rutas de las campañas en que han actuado. Estos hombres se fatigaron por darnos patria y conservar el honor nacional.

Insinuamos curiosidad por conocer su colección bibliográfica, que tenemos en parte a la vista.

—He aquí seis bibliotecas, puramente de historia nacional, cuyas obras se encuentran en su mayor parte agotadas. Lo principal está distribuido en el subsuelo y en la torre. Esta casa fué construida contemplando esas exigencias. El subsuelo está destinado también al archivo, que es numeroso.

\* \* \*

—¿Y qué noticias nos da de su labor intelectual, doctor? Hemos visto que en "Laderas y Cumbres" anuncia nuevas obras, próximas a aparecer...

—Es cierto. La edición de "La Batalla del Palmar", que ustedes pueden ver ahí, me ha sido entregada recientemente. Las demás obras están prontas para las

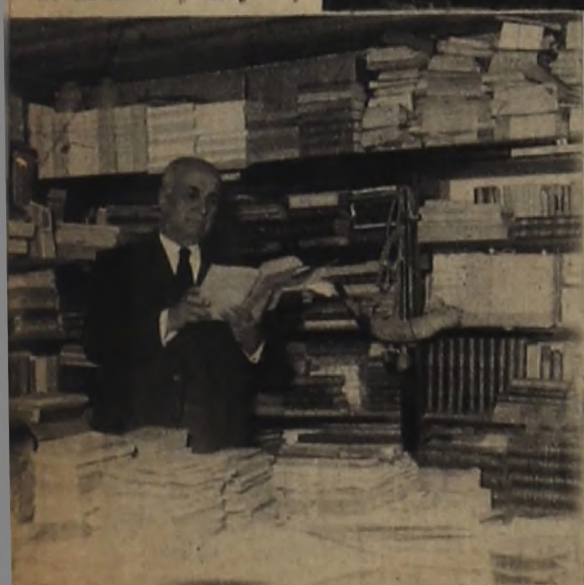
cajas, hasta con sus índices. Vean esos seis tomos. Forman la "Historia Militar de la República Oriental del Uruguay", dando comienzo en el año 1827, o sea, en los primeros esfuerzos del general Rivera para invadir las Misiones y después darnos la independencia, como así sucedió, porque hasta esa fecha eramos provincia argentina. Esta obra me ha llevado muchos años de labor.

(Continúa en la Pág. 115)



El doctor Martínez sorprendido en plena labor

En un rincón del archivo



(Continuación de la Pág. 7)

Pueden fijarse — continúa — en ese libro de polémica, "¡Quinteros!", que también está pronto para la publicación. Tengo de él un recuerdo caballeresco. Aquí está.

Nos muestra una obra del doctor Lorenzo Carnelli, su oponente en aquella polémica, con una elocuente dedicatoria.

—Por último, — agrega irá a los talleres "El general Santos ante la Historia". El archivo de Santos, compuesto de veinte mil documentos, como pueden verlos me ha servido para escribir hasta la fecha estos dos volúmenes, en cuya obra me he tenido que limitar a la exposición de los hechos, basados éstos en importantísimos documentos — sin los cuales no hay historia — y cortando en lo posible cualquier alegato que pudiera importar un propósito o afán de defensa, dada la circunstancia de ser yo sobrino carnal del general Santos... Ahora, en cuanto a los documentos, verán la luz pública y no será difícil que muchos de ellos puedan rozar reputaciones mal adquiridas. Que caiga quien caiga. La defensa de Santos deben hacerla los testimonios escritos.

—¿A cuántos volúmenes asciende su producción bibliográfica?

—A nueve libros, seis de ellos agotados.

\* \* \*

—Vuelve el doctor Martínez a referirse a su archivo.

—Aquí tienen, en primer término, mil autógrafos, desde la época de Artigas hasta el año 1880, separados de numerosa documentación y con sus índices correspondientes.

Revisamos una carpeta. Firman: Artigas, Rivera, Pacheco y Obes, Garibaldi, Belgrano, Castelar, Sarmiento, Mitre, Eduardo Gutiérrez, Zorrilla de San Martín, Rodó, Herrera y Reissig, Julio A. Roca, Rozas... Todo con los correspondientes textos, de puño y letra de cada firmante.

—No se asombren: entre otros autógrafos tengo uno del ex-kaiser felicitándolo a Santos por la organización que había dado al ejército. Solamente del año 1825 a 1910 existen 2.200 manuscritos, como se lo dice a ustedes ese índice. Esa colección que ven ahí la forman documentos que utilicé para escribir un amplio trabajo, que todavía tengo inédito, sobre el general Lorenzo Batlle. Me pasó tres inviernos reuniéndola en el archivo de Piedras Blancas, con la ayuda de Rafael, el hijo de mi grande y noble amigo don José Batlle y Ordoñez.

Nuestro distinguido interlocutor no pierde oportunidad de manifestar su admiración por don Pepe a cuya personalidad considera inconfundible dentro del marco de la historia nacional.

—Y aquí tengo algo más: una copiosa fuente de documentación, comprendiendo los siglos XVII, XVIII y co-

mienzos del XIX. Cosas de la época colonial en su mayor parte...

Se trata de manuscritos e impresos, redactados los más al estilo sobrio que usaban los varones de la conquista, más dados al ejercicio de las armas que al de la dialéctica. Para el historiador como para el bibliógrafo, el archivo colonial del doctor Martínez tiene un valor inapreciable, por la calidad como por la cantidad de sus piezas. Observamos aparte otra biblioteca.

—Son doscientos volúmenes, en su mayor parte de historia, que pienso donar dentro de poco al Hospital Militar, en memoria de mi hijo Juan José, fallecido allí.

\* \* \*

—¿Tiene algunos trabajos entre manos?

—Sí: "Hombres y Batallas", 2.ª edición, aumentada con nuevos estudios. Después, como pueden ver, aquí están las conferencias que debo pronunciar en la Escuela Superior de Guerra para el año próximo. En primer lugar, hablaré del episodio en que Garibaldi rescató el cadáver de Neira durante la defensa de Montevideo... Y en las horas en que abandono el trabajo de investigación preparo estos "Tiempos de lucha y Hombres de garra", para ese MUNDO URUGUAYO, que hace honor al periodismo ilustrado del país, orientado por mi viejo amigo Baroffio, cuyo espíritu noble y emotivo, entregado por entero a su meritoria obra, ofrece al país notas de alta espiritualidad.

\* \* \*

Por la terraza contigua a la sala donde el doctor Martínez tiene instalada su mesa de trabajo, divisamos el amplio paisaje marino y típicamente uruguayo de Punta Carreta.

—Estoy en un lugar privilegiado para mis estudios — nos dice el hombre. — Mirando allá, rumbo a la sierra que se divisa, siento la tranquilidad de los horizontes amplios, y créanlo, mis amigos, que estas virazones del Este templan a fuego el espíritu y hacen pensar en la grandeza de nuestra nacionalidad y en la gloria de los que fueron.

—Pero usted, doctor debe tener además, un gran método para el trabajo...

—Dedico tres días de la semana al estudio y otros tres a producir, preferentemente de mañana y de acuerdo con lo que he podido asimilar de la documentación existente. Hay horas de mi marcha de investigador de los períodos que fueron, en que estoy tan absorto en mis buenos libros, amigos del alma, y en los papeles viejos, y trabajo con tal entusiasmo y concentración de espíritu, que me pasa lo de aquel gaucho montañés entregado con tanto afán a voltear árboles con su hacha, que, por no perder el tiempo en llegar a la casa de la estancia y enterarse de la hora en que vivía, la calculaba por el canto del chingolo... De ese pájaro tan criollo que ustedes oyen cantar en este instante, desde ahí, en el alero del mirador...

Al decir esto, el doctor Martínez parece experimentar una emoción intensa. Y nos despedimos, agradeciéndole su atención a MUNDO URUGUAYO en

yas columnas, según nos lo prometió, reflejarán a menudo el valiosísimo acervo histórico que vimos en la visita.

JOHN KOLY.

## El fantasma

(Continuación de la Pág. 11)

hacían conservar la línea. De nuevo, De Theil se puso a seguirle los pasos.

Un espanto común los unía, pero sin que pudiesen llegar a beneficiarse de ello.

—Sería menester buscar un refugio en los aires — le declaró Matilde. — Mi marido no irá a encontrarnos allá.

Se hizo indicar el campo de aviación y habló con uno de los pilotos. Por un módico precio podían volar.

Sin tardanza, informó a De Theil de sus gestiones oficiosas.

El no pareció muy conforme:

—¡Pero nos verá todo el mundo!

—El piloto volará alto. Estaremos bien solos.

El se dejó llevar, más muerto que vivo, hasta el avión fatal.

Matilde quiso asegurarse bien respecto de las condiciones del viaje. El aviador le dio toda clase de detalles.

Era fácil volar, aún de noche. No hacía mucho, había debido llevar desde Ginebra a París, y viceversa, a un cliente, apurado, que viajaba de noche.

Matilde se interesó al oír esas palabras. Hizo una cantidad de preguntas precisas.

—¿Hace mucho de eso?

—Diez días, exactamente, señora.

—¿Sabe el nombre del viajero?

—No me lo dijo. Era un señor delgado. Cuando se sacó el sobretodo vi que iba vestido de etiqueta.

—¿A qué hora salieron de París?

—A las siete y media de la tarde.

—Tres horas una vez, cuatro la otra. Son seiscientos kilómetros, y se hacen con mayor o menor rapidez, según el viento.

—¿Y volvieron a partir al día siguiente?

—Las dos veces. Señora, el avión está listo. ¿Quieren subir?

El mecánico ponía ya la hélice en movimiento.

Matilde miró fijamente a De Theil.

—No — declaró al piloto, — no volaremos hoy. El señor lo indemnizará.

Y como su galanteador pretendiera acompañarla de regreso a la ciudad, ella rehusó:

—Despidámonos, amigo. Veo que existe siempre entre nosotros una barrera. Adiós.

Desde aquel viaje a París, Arboise no dejó ni una vez de encontrar a su mujer con una expresión de temor en el rostro.

Matilde seguía temiéndolo. Había llegado a ser para ella una especie de fantasma.

Por eso, esa noche se sorprendió al verse acogida por una amplia sonrisa:

(Continúa en la Pág. 122)